

V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

Reflexiones acerca de la identificación y las identidades sexuales.

Louison, Diego German y Peidro, Santiago.

Cita:

Louison, Diego German y Peidro, Santiago (2013). *Reflexiones acerca de la identificación y las identidades sexuales. V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/754>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/yZW>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

REFLEXIONES ACERCA DE LA IDENTIFICACIÓN Y LAS IDENTIDADES SEXUALES

Louison, Diego German; Peidro, Santiago

Universidad de Buenos Aires - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y técnicas

Resumen

La propuesta de este trabajo es abordar el interrogante formulado por Judith Butler en su texto *Insubordinación e imitación de género* (1993) respecto de aquello que queda permanentemente oculto por el acto lingüístico de una transparente revelación de la sexualidad. Nos proponemos poner en tensión la noción de identidad sexual con la de identificación, propia de la teoría psicoanalítica, a fin de ubicar aquello que se oculta detrás del tope invariable que representa la auto-afirmación de cualquier identidad.

Palabras clave

Identidad, Identificación, Gay, Sexualidad

Abstract

REFLECTIONS ON IDENTIFICATION AND SEXUAL IDENTITIES

The aim of the present work is to give attention to the question that Judith Butler brings up in her text, *Imitation and Gender Insubordination* (1993), regarding what remains permanently hidden due to the linguistic act of a transparent sexuality revelation. We propose to put a strain between the notion of identification, belonging to the psychoanalysis theory, and the sexual and identity one, in order to focus on what remains hidden behind the unchanging limit of a self-assertion of an identity.

Key words

Identity, Identification, Gay, Sexuality

Identidad sexual

Comenzaremos ubicando como hipótesis inicial lo que Judith Butler sugiere al sostener que “sería erróneo pensar que primero debe analizarse la ‘identidad’ y después la identidad de género por la sencilla razón de que las ‘personas’ sólo se vuelven inteligibles cuando poseen un género que se ajusta a normas reconocibles de inteligibilidad de género.” (Butler, 1990:70-71). De este modo, para Butler, el género no es un sustantivo ni un conjunto de atributos. Es en cambio, performativo. Se trata de una performatividad que supone no un acto único, sino una repetición que logra su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo entendido como “una duración temporal sostenida culturalmente” (Butler, 1990:17), “una práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra” (Butler, 1993:18). No se trata así de una performatividad entendida al modo de que alguien podría decidir voluntariamente su género y asignárselo a sí mismo: hoy soy hombre, mañana mujer, por la tarde travesti. Sino que por el contrario, se requiere de un contexto social y cultural donde determinada práctica sea insistentemente reiterada. No habría así un género natural o esencial, sino que el mismo género sería producido en la iteración. Nuestros comportamientos y acciones, siguiendo con esta lógica, construyen la realidad de nuestros cuerpos. De este modo, el género no emanaría de una supuesta esencia natural,

original, universal y estable, ya sea de hombre o de mujer. En cambio, se trata de un constructo que resulta del modo en el que nos posicionamos en el mundo y del efecto que los entornos sociales y culturales tienen sobre cada uno de nosotros.

Podemos hacer extensiva esta tesis butleriana y afirmar que tampoco hay una volición individual o una esencia biológica o providencial en lo que se refiere a la llamada “elección” u “orientación” sexual. Si el objeto de la pulsión descrito por Freud (1915) es contingente y variable, independientemente de que en algún momento temprano se fije, tampoco habría para el psicoanálisis un sujeto que elija consciente o volitivamente su objeto de goce. Si no hay una premisa universal de ningún orden que suponga una complementariedad entre los diferentes sexos anatómicos, menos aún cabría suponer una identidad sexual (*gay*, lesbiana, bisexual) que se corresponda a dicha “elección”. De este modo, la elección inconsciente de un objeto sexual de un mismo sexo biológico no tiene una relación evidente con la llamada identidad sexual. Caso contrario, ¿cual sería la verdadera determinación del significado al afirmar cierta identidad sexual? ¿Qué determina “ser *gay*”? “¿la estructura de la fantasía, el acto, el oficio, el género, la anatomía?” (Butler, 2000:92)

De esto se desprende que realizar una analogía entre la elección inconsciente de objeto homosexual y la identidad *gay* supone trasladar el resultado de una operación vinculada a complejas identificaciones y fijaciones de goce cristalizadas en un cuerpo cartografiado por las diferentes zonas erógenas, a un mecanismo imaginario que recubre lo anterior, ofreciendo una imagen cerrada tomada del terreno social y político. “La idea imaginaria del todo, tal como el cuerpo la proporciona, como algo que se sostiene en la buena forma de la satisfacción, en lo que, en el límite, constituye una esfera, siempre fue utilizada en la política, por el partido de los predicadores políticos. ¿Puede haber algo más bello, pero a la vez menos abierto?” (Lacan, 1969-70:31).

Ahora bien, Butler sostiene que la identidad aparece como una producción en respuesta a una demanda por hacerse visible. (Butler, 2000). Afirma en consecuencia no estar de acuerdo con las categorías de identidad, ya que éstas son instrumentos de regímenes regulativos, ya sea que respondan a categorías de normalización o a puntos de reunión para liberarse de esa misma opresión. U homofobia o *gaycidad*, podríamos decir.

Pero si bien resulta necesario hacer un uso de la noción de identidad, ya que sin ella no habría posibilidad de luchar por derechos civiles y alcanzar un reconocimiento social que haga más habitable el mundo para todos y todas, invocar la identidad implica siempre un riesgo, puesto que se trata de un tope invariable. Así, instalarse en una identidad, en vez de liberar la sexualidad, es volverse contra ella, contra cualquier práctica erótica. (Butler, 2000). Algo similar sostiene el filósofo español Ignacio Castro cuando resalta el peligro de que el debate existencial y político termine en el tema de los derechos civiles (Castro, 2002:21). Es necesario por lo tanto distinguir lo que atañe a la existencia de lo que le concierne al campo de los derechos civiles, que son incuestionables.

En esta línea, Castro y Butler coinciden en destacar un problema clave en torno a las identidades. Si por un lado, las identidades *gays* y lesbianas deben ser sostenidas para evitar un borramiento subjetivo y legal por parte del discurso homofóbico imperante, ¿qué versión de *gays* y lesbianas debe hacerse visible para no reinstalar otra violencia en aquél lugar donde la homofobia cedería? Así, “con la misma rapidez con que uno quedaba excluido como “maricón, ahora lo será como “machista” u “homofóbico”” (Castro, 2002:41). De este mismo modo, Castro sostiene que el puritanismo que oprimía a los homosexuales, simplemente se invierte, prolongándose en su antítesis. Invierte el desprecio social en una homosexualidad orgullosa de sí misma que se hace exageradamente pública rentabilizándose como si se tratara de un trofeo. “En los dos casos, lo que debía ser parte de la libertad existencial se convierte en un estereotipo, en una jaula social” (Castro, 2002:43). Y continúa: “La homosexualidad, en suma, que tal vez nació como vía de fuga de una normalidad sexual cuasi bélica, es convertida finalmente en palanca de una nueva separación con respecto a lo que hay de abierto e indefinible... en la existencia” (Castro, 2002:42). La identidad es necesaria para combatir en el terreno político. Es precisa también para ser reconocidos por los otros, hacernos un lugar en el mundo y sostenernos socialmente. Hacernos ver por los otros no es sin una identidad. Uno siempre es algo para alguien. Siempre es interpelado desde algún lugar. Pero con Butler, Castro, y como veremos más adelante, también con Freud y Lacan, podemos ubicar que eso no es suficiente en lo que atañe en nuestra existencia. ¿Qué queda permanentemente oculto por el acto lingüístico de una transparente revelación de la sexualidad?” (Butler, 2000:90) Más claro aún, ¿qué queda oculto al definirnos como *gays* o lesbianas, como homofóbicos o machistas?

Identidad/Identificaciones

El concepto de identidad tiene una enorme importancia en el terreno filosófico, pero no es un significativo que tenga mucho asidero dentro del psicoanálisis Freudiano ni Lacaniano. El psicoanálisis subvierte el sujeto cartesiano. La enseñanza de Lacan deja entrever que no se puede evitar considerar el modo singular con que cada ser hablante debe de arreglárselas con su existencia erguida sobre un fondo de goce pulsional. La identidad sexual, el “ser *gay*” poco puede decir de esa existencia que se sustenta en un sustrato de pulsiones, de aquellas marcas que dejan las fijaciones de goce a lo largo de la vida o de la realidad sexual del inconsciente con toda la dimensión sintomática producto del modo en que es vivida y leída la no correspondencia entre los sexos. Es necesario entonces, dilucidar el concepto de identificación a fin de esclarecer aquello que permanece velado cuando uno se afirma como perteneciente a una identidad sexual determinada.

Sucintamente podríamos decir que la noción de identidad designa algún tipo de positividad. El yo tiende insistentemente a encontrar referencias concretas y positivas que le aseguran a un individuo una identidad, un significativo que responda a la pregunta por el ‘quién soy’ e indique a qué comunidad pertenezco. Toda instancia psíquica yoica busca construir una identidad a partir del cuerpo propio, de la historia autobiográfica o de la memoria. En el caso de las ciencias biológicas, por ejemplo, se pretende encontrar la verdad última de la identidad basándose en los secretos del genoma humano que constituyen a cada individuo.

Para el psicoanálisis no hay identidad del sujeto del inconsciente. Por ese motivo, se sostiene la crítica a aquellos discursos que la defienden o se basan en ella. El carácter de semblante de la identidad da cuenta de esa positividad propia de la identidad y su

carácter imaginario. Pero ese carácter positivo, oculta, desde el psicoanálisis, un fenómeno psíquico profundo que suele ser ignorado por otros discursos: la identificación. La misma Butler afirma que “lo que forma un estilo erótico y/o una presentación de género -y lo que hace inestables a estas categorías- es un conjunto de identificaciones psíquicas que no son fáciles de describir” (Butler, 2000:105).

Afirmarse a partir de una identidad, es propiciarse un semblante que permite mantener el sentimiento de mismidad, un efecto imaginario. La identidad sería así, el semblante de una imposibilidad que debe ser repetido indefinidamente a fin de obturar aquello que podría resquebrajarla.

Por su parte, la identificación es el principio clave que hace posible dos hechos fundamentales: la vida psíquica y el lazo social. No se trata de un principio evolutivo ni genético. Se trata en cambio de un principio de carácter psíquico que opera siempre a partir de otro.

Sigmund Freud, en su texto “El yo y el ello”, (1923) va a formular lo que será la segunda tópica, con la cual va a intentar explicar los procesos inconscientes no reprimidos. Va a sostener allí que el yo es “la parte del ello modificada” (Freud, 1923:30) por el influjo del mundo exterior. A partir de esta noción es que Freud va a sostener que en la conformación del yo se ponen en juego las investiduras de objeto y la identificación.

Al tomar como modelo la identificación en la melancolía, Freud llega a proponer que este mecanismo es generalizado y lleva a la conformación del yo. Dice en relación a este proceso que “hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter” (Freud, 1923:30). En relación a este último, Freud sostiene algunos años antes, en “La interpretación de los sueños” (1901), que éste surge de las primeras huellas que se inscriben en el aparato psíquico, marcas que son inscriptas en las acciones específicas que realiza el otro de los cuidados.

Si las primeras investiduras de objeto son resignadas, “no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como erección del objeto en el yo, lo mismo que en la melancolía.” (Freud, 1923:31). En la misma línea, propone que “el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (Freud, 1923:31).

Ahora bien, Freud, al trabajar el ideal del yo, va a ubicar que existe una identificación primera, la cual va a ser formulada como la identificación con el padre de la prehistoria personal (Freud, 1923). Ésta no derivaría de una investidura de objeto sino que sería una identificación directa e inmediata anterior a cualquier investidura de objeto.

De este modo, las primeras identificaciones a las que hace referencia Freud, son las que posibilitan el desarrollo de un yo primitivo, por lo cual si bien toma como modelo a la identificación melancólica, la misma no está en relación a una “decepción amorosa”, como le ha criticado Butler (2000), sino que está en relación a investiduras de objeto que son resignadas y de las cuales el yo “primitivo” tiende a defenderse mediante la incorporación identificatoria.

Si bien es necesario que comience a definirse un yo, esto no alcanza para definir la posición sexuada como la va a definir Lacan, ya que no solo es necesario que intervenga la identificación, sino que hay que ubicar en cada ser hablante las fijaciones de goce que acontecerán a lo largo de la historia libidinal de cada uno.

Ahora bien, vale la pena aclarar que Lacan diferenció el concepto Freudiano de identificación de aquél que él mismo comenzaba a desarrollar en sus primeros textos. Tal es así que cada vez que utilizaba algún concepto relacionado con la identificación Freudiana, se

refería a “identificaciones Freudianas”.

Lacan se distingue del recorrido que hacen los posFreudianos al concebir al yo, no como la síntesis armónica de las funciones, sino como un sistema central de identificaciones alienantes. Si antes afirmábamos que la identificación no se da sino con otro, es porque esta se produce a partir de la imagen ideal que le llega al humano prematuro desde el otro semejante. Es a partir de la identificación con esa imagen que surge el sentimiento de sí mismo. Esta imagen ideal que forma el yo, actúa como un resguardo frente al desamparo con el que cada uno de nosotros viene al mundo. Sin embargo, el yo desconocerá por siempre aquello que lo determina. Pero esto no resulta paradójico, puesto que el desconocimiento del otro que lo captura en esa alienación es necesario y constitutivo.

En los comienzos de su obra, Lacan distingue dos tipos diferentes de identificación; la primera vinculada con la *imago* del semejante; la segunda, con la del padre. La primera es formadora del yo en el estadio del espejo. Se trata de una identificación narcisista. La identificación la *imago* paterna, sería una identificación secundaria surgida en relación con la constitución del Complejo de Edipo. Este segundo tipo de identificación alcanzará su máximo desarrollo en el período estructuralista de Lacan, puesto que ambos tipos de identificaciones, ya sea la que se define en relación con la *imago* del semejante o con la del padre, son imaginarias.

El concepto de identificación simbólica, tal como señala Roberto Mazzuca “está absolutamente ausente en este período y Lacan deberá superar numerosos obstáculos para llegar a su formulación recién en un momento avanzado del período estructuralista” (Mazzuca, 2006:77). Las menciones, que desde el “Discurso de Roma” de 1953, a partir del cual comienza hablarse de “enseñanza”, Lacan dará respecto de la identificación simbólica, son escasas y se limitan a la identificación que define la posición sexuada. “Si el reconocimiento de la posición sexuada del sujeto no está ligada al aparato simbólico, el análisis, el Freudismo, pueden tranquilamente desaparecer...” (Lacan, 1955-56:242) Y continúa, “El sujeto encuentra su lugar en un aparato simbólico preformado que instaura la ley en la sexualidad...” “quién soy? ¿un hombre o una mujer? (Lacan, 1955-56:243). Pero será recién en *El Seminario 5* cuando Lacan delimite con precisión dos identificaciones a la vez normalizadoras y decisivas: por un lado, la identificación imaginaria con el falo, por el otro, la identificación simbólica con las insignias del padre. Ambas suponen la existencia del significante del nombre del padre y la operación de la metáfora paterna. Se trata de una identificación tipificante, gracias a la cual el sujeto se identificaría con los rasgos ideales de su propio sexo. Pero esta identificación no se agota en su función de sexuación, puesto que resulta decisiva para el desarrollo “normal”, e implica la destitución de la identificación primitiva con el falo siendo que para asumir su sexo el sujeto debe dejar de ser el falo para ubicarse en posición de tenerlo o de no tenerlo.

La importancia de diferenciar las identificaciones imaginarias de la simbólica en Lacan apunta a sostener que en la lógica Lacaniana, el sujeto es aquel que tiene una falta, que es una falta, “que es en sí mismo inexistente y que encuentra su complemento significante en el significante de la identificación” (Miller, 1998:36). Si el sujeto no es sino en falta, no puede pensarse en una identidad de sí consistente y sin fisuras. El sujeto dividido del psicoanálisis impugna cualquier posibilidad de inmutabilidad. El sujeto barrado, a diferencia del “yo soy”, carece de predicado. “Y es cierto que yo tengo una identidad gracias a la cual me parezco a los otros, pero también es verdad que junto a mi identidad tengo mi diferencia” (Miller, 1998:33). Afirmar *ser* gay/lesbiana/bisexual/etc. es darle un predicado a mi yo. “Por eso, en cierta forma, no quiere decir nada.

No se le dice nada a mi diferencia, afirmándolo, solo se le dice a mi identidad.” (Miller, 1998:33). No hay dudas de que cada uno de nosotros tiene una identidad gracias a la cual se parece más o menos a los otros y gracias a la cual puede moverse entre los otros, habitar espacios y sostenerse en el mundo. Pero no es menos cierto que junto a esa identidad cada uno tiene su diferencia, su singularidad que lo separa de cualquier serie. En todo *soy* hay alienación, hay siempre una remisión al Otro. El sujeto nace, se constituye, extrayéndose del Otro. Pero como afirmamos antes, el sujeto no es el “yo soy”.

Reflexiones finales

La ilusión de poseer una identidad sexual nada dice de la sexualidad, de las fijaciones de goce, del sustrato pulsional ni de la diferencia de cada quien. Coincidimos con Butler cuando sostiene que “el yo, consciente, quién estaría dispuesto a revelar la sexualidad, es quizá el último en saber el significado de lo que dice” (Butler, 2000:90).

En cuanto a la fijación a un goce, esta no se resuelve nunca en un desarrollo evolutivo o en una maduración de la personalidad. “En este punto, heterosexual, homosexual, lesbiana son siempre respuestas a la imposibilidad de la relación-proporción sexual” (Alemán, 2003:2). Las llamadas identidades sexuales constituyen siempre una respuesta sintomática de la existencia que en el mismo acto que se predicán, producen a la vez, un ocultamiento.

BIBLIOGRAFIA

- Alemán, J. (2003) “Lacan, Foucault: el debate sobre el `construccionismo””. En Virtualia nº 7.
- Butler, J. (1990) El género en disputa. Buenos Aires. Paidós. 2007.
- Butler, J. (1993) Cuerpos que importan. Buenos Aires. Paidós. 2008.
- Butler, J. (2000) “Imitación e insubordinación de género”. En R. Giordano y G. Graham (Ed.) Grafías de Eros (pp. 87-114) Buenos Aires. Edelp.
- Catro, I. (2002) Crítica de la razón sexual. Barcelona. Ediciones del Serbal.
- Freud, S. (1915) “Pulsiones y destinos de pulsión”, en Obras Completas, t. XIV. Buenos Aires. Amorrortu. 1984.
- Freud, S. (1923) “El yo y el ello”. En Obras Completas, t. XIX. Buenos Aires. Amorrortu. 2001.
- Freud, S. (1901) “La interpretación de los sueños”. En Obras Completas, t. V. Buenos Aires. Amorrortu. 1984.
- Lacan, J. (1955-1956) El Seminario 3. Las Psicosis. Buenos Aires. Paidós. 1984.
- Lacan, J. (1969-1970) El seminario 17. El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós. 1992.
- Mazzuca, R. (2006) “Las identificaciones en la primera parte de la obra de Lacan (1931-1959)”. En Anuario de investigaciones, v. XIV. Facultad de Psicología. UBA.
- Miller, J-A. (1998) Los signos del goce. Buenos Aires. Paidós.